

Manual para un asesino

Juan David Ríos Londoño

Capítulo 1

Manual para un asesino.

Era de noche, tipo 2 de la madrugada en New York. Todos en su gran mayoría estaban gozando de los deleites que trae la noche, yo, por mi parte, las supe aprovechar.

Salí con una chica llamada Sarah Badú; evidentemente no era del lugar, no sé con exactitud de qué lugar era pero creo que por su tez morena y su gran cabello esponjado era de Sur América. Pero eso no importaba en esos momentos, lo que importaba era que estaba en aquél lugar con aquella chica que saboreaba entre risas su bebida amarilla.

Nos divertimos un rato entre besos y caricias apasionadas en la pista de baile. Cuando llegó el momento de irnos, ella me invitó a su casa, me habló muy suave a mi oído, tan suave que los peores pensamientos se vinieron a mi cabeza, entonces, llevado por la excitación del alcohol y las drogas, me dejé llevar. Tomamos un taxi, le pedimos que nos llevara a la 71st, en todo el camino nos comimos, prácticamente con besos y caricias violentas. Cuando nos bajamos pagamos como pudimos, entramos y pedimos el elevador, entramos haciendo la menor cantidad de ruido posible, le saqué las llaves del pantalón, abrí la puerta, estaba todo oscuro salvo la sala que estaba iluminada por las farolas de la calle, la cogí de las piernas la cargué y la llevé a la sala en donde tumbamos todo lo que estaba en la pequeña mesa.

Empecé a desnudarla con besos y mordiscos, al parecer no le molestaba, noté que salía sangre de su cuello de un gran mordisco que le había dado, quedó toda desnuda, sus piernas estaban abiertas, esperándome, me metí la mano al bolsillo trasero del pantalón, saqué una navaja pequeña, pero con gran filo, luego como si quisiera depilar su pelvis, pasé el cuchillo fuerte y rápido contra su piel, brotó una gran cantidad de sangre, su piel estaba rota y la chica gritó horrorizada, yo, por mi parte quería terminar. Con lo excitado que estaba, quería seguir pero ella no quería hacerlo, estaba atónita.

Sarah me golpeó entre las piernas, al hacerme a un lado, ella empezó a correr por todo el apartamento, dejando sangre por doquier, se encerró en el baño y se advertían los sollozos como tratando de ocultar el llanto y la respiración para que no la encontrara, permanecí callado, la cabeza me sudaba, pasaba la lengua por mis labios como un maniático, se saqué los zapatos y me acerqué sigilosamente, tan sólo trataba de abrir la puerta, empecé con la navaja que minutos después de unos minutos la abrió.

Ella soltó un grito y despavorida se metió en la tina en posición fetal, yo la aferré por el brazo y enterré la navaja en su estómago, luego subí

haciendo una gran cortada, la sangre corría por la bañera hacia la tubería, la chica se desmayó, luego la tomé y la puse boca bajo y apuñalé con gran violencia la espalda, le metí hasta el fondo la navaja, sentía como se desgarraba la piel, la sangre caliente chorreaba por cada herida, le metí la navaja sobre las costillas. Para este instante había fallecido, ya no hablaba, no lloraba. Éste, para ser el primer asesinato , fue uno de los más placenteros.

Al final abrí el grifo para que saliera el agua fría, me senté un rato a ver un poco de televisión y esperé a la que la tina se llenara y que ella empezara a flotar. Luego de media hora el cuerpo flotó. La acomodé de forma que la cabeza quedara sobre la tina, las manos por fuera y los pies también. El agua era roja, la cosa más hermosa que haya visto en el mundo, parecía un dulce muy costoso. Para climatizarla y para que la chica permaneciera hermosa, eché un poco de hielo que encontré en la nevera, hice una llamada a la policía, puse una grabación de alguien gritando, colgué y con mucho cuidado recogí toda la evidencia posible, tomé también las tarjetas de crédito y la documentación personal de Sarah.

Eran las 04:30 cuando salí del apartamento, saqué un cigarro y fui directo al subway donde esperé el tren que me llevaría a la 242 st cerca de Van Coartlandt Park y en la calle dejé el cuchillo en un basurero, cerca de una estación de policía. Tranquilamente tomé de nuevo el tren, me bajé 3 estaciones después en la 225st cerca de Marble Hill, al salir de la estación, en un callejón, dejé los guantes y la ropa ensangrentada que llevaba en una bolsa negra bajo mi chaqueta. Tomé de nuevo el tren que me llevara al Central Park, llegué, me senté en una banca de la 110 st , me fumé otro cigarro y solté los papeles bajo la banca. Pensé que así sería más difícil de encontrar pista alguna, pista de un asesino, un asesino en la ciudad que nunca duerme.